

*Leonard Cohen. Come un uccellino su fili di parole*, Elena Lamberti, Aicurzio, Castel Negrino, 2018, 168 págs.

IVÁN MOURE PAZOS

UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

ivan.moure@usc.es

La Universidad de Bolonia, ha sido, desde antiguo, un referente de excelencia en el ámbito de los estudios humanísticos. La nómina de reputados intelectuales que pueblan sus departamentos y facultades, resulta, todavía hoy, digna de admiración. Pese al deceso en la última década de grandes pensadores como Umberto Eco, Omar Calabrese o Giovanna Franci, la vieja institución boloñesa continúa trabajando al más alto nivel investigador gracias a un nuevo relevo generacional verdaderamente brillante. Caso reseñable, entre muchos otros, es el de la profesora Elena Lamberti, experta en literatura anglo-norteamericana, ecología de los medios y de las nuevas tecnologías, -con especial énfasis en la literatura modernista, memoria cultural y literatura de guerra-, que, desde hace unos años, viene ofreciéndonos algunas de las aportaciones más interesantes en el ámbito de la filología, los estudios culturales y la sociología. Uno de los aspectos característicos de la obra de Lamberti es su concesión a la interdisciplinariedad, reflejada en buena parte de sus producciones académicas, así como su inconformismo intelectual, evidenciado en las temáticas que configuran el catálogo razonado de su obra. De Ford Madox Ford a Leonard Cohen, pasando por Marshall McLuhan, Lamberti sorprende siempre con novedades argumentales y “peripecias” intelectuales perfectamente ajustadas y creativas. No sin razón, su libro *Marshall McLuhan's Mosaic. Probing the Literary Origins of Media Studies* (2012) fue galardona-

do con el *MEA Award 2016 (Outstanding Book in the Field of Media Ecology)*.

En su último ensayo, *Leonard Cohen. Come un uccellino su fili di parole* (2018), Lamberti profundiza en el aspecto más literario y menos conocido del afamado músico canadiense. Y es que, a todos los efectos, Cohen fue, ante todo, un grandísimo poeta; un poeta de ritmos lentos y palabras precisas, caracterizado siempre por una expresividad meditada y una densidad emocional contenida. Poeta, no solo por las trabajadas letras de sus canciones, sino también, por la valiosa obra escrita, tanto en poesía como en narrativa, que nos ha legado. Extremadamente meticuloso y comprometido con la búsqueda de la expresión apropiada, limpia y rimada, el autor canadiense ha ido construyendo su obra al calor de una larga lista de influencias literarias tan definibles como icónicas. García Lorca, Constantino Cavafis, Dylan Thomas o Primo Levy constituyen algunas de las referencias europeas más evidentes y rastreables. Por otra parte, la literatura profética, los textos sagrados del budismo o el *Talmud* sustentan el aspecto más profundo y espiritual de su arte. Cohen nunca ha escondido estas influencias, antes bien, las ha divulgado en el altavoz mediático de su popularidad, en lo que parece un gesto de agradecimiento sincero a sus maestros literarios. Ahora bien, tal y como apunta Lamberti, Cohen fue, también, un escritor profundamente canadiense, con la problemática política, sociológica y cultural que esto implica. El autor nace en 1934 en un Canadá, todavía, bajo “dominio” inglés, por lo tanto, súbdito de una cultura postiza y europea que, además, sometía a la autóctona al “rincón” de las reservas indias. En varias ocasiones, el autor, que de niño visitaba estos lugares con su padre, se referirá a los indios norteamericanos, -especialmente los Mohawk-, como “la casta expropiada, alejada de sus raíces, de todo” (p. 10); tema que, por afinidad emocional de judío bohemio y errante, conocía. Años después, cuando el país se independice totalmente del legado británico, Canadá deberá repensar su propia cultura, construyendo y redefiniendo sus propias señas identitarias: “en

la década de los 60 comienza a materializarse una nueva idea de Canadá, celebrada en el 1967 con la gran Exposición Universal de Montreal. Contemporáneamente, en literatura se abandona una idea del arte tardo-victoriana para avanzar hacia nuevos paradigmas postcoloniales y postmodernos” (p. 19). Cohen participará de este renacimiento de la nueva narrativa canadiense que abominará de los viejos y caducos postulados tardo-románticos ingleses, conjuntamente a otros autores de gran autoridad poética como Francis Reginald Scott, Abraham Moses Klein, Louis Dudek, Irving Layton, Raymond Souster, Maragaret Atwood, o el más disidente, Philip Tétrault.

Probablemente se trate de la época más importante del artista o, al menos, la más fructífera en cuanto a su desarrollo poético. Actualmente, sabemos que algunas de las letras de sus primeras canciones como músico, fueron escritas durante este período canadiense de gran efervescencia cultural. Por otra parte, se trata de la etapa coheniana menos tratada por la literatura crítica especializada. En este sentido, podemos sentenciar que la imagen icónica del último Cohen músico, espiritual, autosuficiente, contemplativo y cosmopolita se ha impuesto al primer Leonard poeta, bohemio, hedonista, beat y profundamente canadiense. *Leonard Cohen. Come un uccellino su fili di parole*, viene en parte, a compensar este gran vacío histórico, contribuyendo sobremanera, al mejor entendimiento de un artista tan complejo como genial. Y es que los dos Cohen, el sombrío y el luminoso, convergen en una misma forma de arte, el de la palabra musicada, ahormando, de manera especial, la poesía en música. Menester en el cual Cohen continúa siendo un artista difícilmente parangonable.

